

PATRICIA ESPINOZA

Los vigilantes de Elanora Etta parece ser aquel tipo de novela cuyas representaciones nos ponen nerviosos. A aquellas que dejamos titilando páginas, interrumpiendo, silencio, silencio. Y principalmene, voces las voces del dolor. Voces que resueltan una especie de consternación por algo que está vedado a la apariencia conmungada.

Absoluta negación a lo que en cierto momento pareció ser el leit motiv de la literatura

postmoderna: el desencanto,

la pérdida del sentido. En tanto emerge como el gesto crispado de aquéllos sujetos que abusan y desean un centro que no deja de escaquearse. Escritura culpable e inconsciente, penitencia y redención. Es decir, la escritura impone como una condición, surge como un testimonio a través del cual un sujeto se rebela frente al poder que intenta controlarlo.

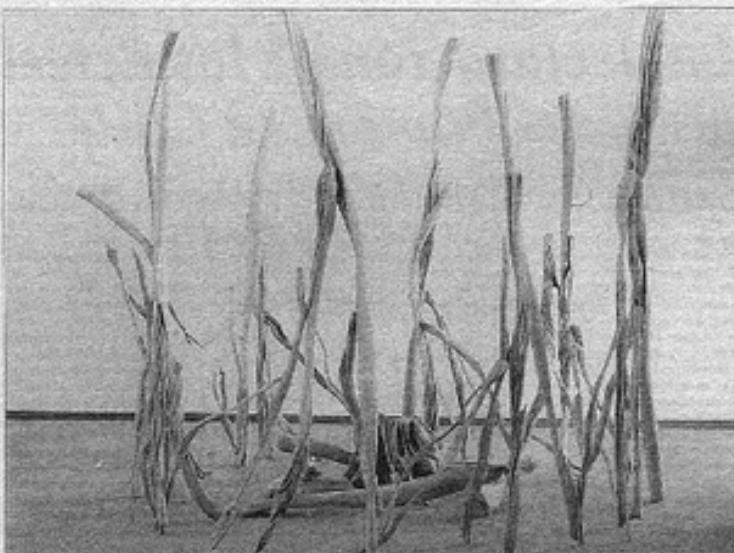
El relato se articula en torno a la voz de dos personajes madre e hija. La encrucijada correcta de cada una de las voces, permite sostener la idea: diferentes perspectivas responden a lo real. El texto del hijo, tonante y callado, controlador, responde una amargura reductiva, amargura con la figura materna. El hijo es una especie de cuerpo interior, símbolo de un pensamiento desbordante. Pugna furiosa, que se arremete, y bate, arrancando por el pie de lo crudo. Una voz que resuena por su parte, mucho como la réplica, la contradicción al poder. Discurso entronizado desde el finales de la novela, que da cuenta del acto de la escritura: como la Cruda y trágica, vía para ceder de rodillas a la existencia.

La palabra escrita

El hilo paloma, mediatisada por la madre, se resuelve como la ley que estige ade cribirse al orden. Es la principal figura de un poder cuyos límites son difusos, pero que parece abarcar todo la ciudad. Continguyendo así, un espacio repressivo y autoritario, donde siempre una mirada puede estar descubriendo la "desviación". Rótama social al estilo de Orwell, resuelto desde una mística figura pionera-mafiosa, donde madre e hijo se encuenan como unidad al padre y al mundo.

La situación prende en parte aterradora por medio de la escritura. Sin embargo, el cruce la madre escrita apresura maravilla de numero negativo.

Donde la pionera figura del ego, escritor es un ego que la devora, ya que di quiere "ser la única forma de manus". Angustia del yo nacida, que pretende asompar la atención materna, figura no resumida como un otro clínto-



bida como el solo que resiste a la muerte por medio de un doloroso placer cruento. Se hace evidente el diálogo que manifiesta la novela con posturas direcciones contrarias. Esta tensión es recurrente en los textos de Etta, una constante, sin embargo, elevada debido al peso de la angustia que articula.

Cuerpo vigilado

La figura de la madre simboliza el conviviente americano, frente al gran ego de poder, el centro conformado por las grandes potencias de Occidente. De tal manera, entonces, que Latinoamérica resultaría ser aquél cuerpo "vigilado", custodiado por el nuevo poder: una ley, siempre atenta a expulsar y a sacudir al sujeto desposeído. El hilo materno, a través de

todo el texto resuena en constante sentido de advertimiento al poder. Se adscribe a una ley propia y misma la "muerte materna", mucho más importante que la muerte física. Son los principios de conducta hacia lo marginado y hacia el auto-crucero, los que sustentan a la madre.

La novela se cierra sobre las figuras de la madre y el hijo. Ambos se despiden, disensos, disidentes, disminuidos, por una chispa que los expulsa. Ambos se revuelven en la proximidad maternal abocados en la urgencia del cuerpo dominado y, por tanto, al borde de perder el último de sus pensamientos. Cuerpos, manos, rodillas, barro, frío, descalzado, dolor. Solo queda acercándose hasta el frío y en una especie de transacción acceder a la muerte, espacio que difiere al dolor del cuerpo ampliamente, pero que no impide dolerse el frío de una escritura que sucede pese a todo.

La novela enfatiza los rasgos que sustentan la lectura alegórica. Hay un fuerte discurso de tipo ético, el cual impone una perspectiva basada en la preocupación por los desposeídos. Relato apocalíptico, donde todo parece degradado. Un embargo, la escritura está ahí, reviviendo tal proceso. Hasta indolable, lastimosa, signifikanse que permanece en la medida de su constante actualización a través de la lectura. La escritura como el lugar donde podría nacer entre ellos, la confrontación de poderes, de discursos, a la vez que la abertura por el sentido, el doloroso intento por acceder al "rostro asilvestrado de la belleza". Los vigilantes logra configurar un mundo de angustia, habitado por ocos que se resisten a la caída total, lamiendo sus estrepitosas carrejas de dolor como muestra de una vitalidad que no logrará ser difundida. Relato del miedo, del horror y la obsesión, que violenta sus propios límites al escribir la historia de una derruida esperanza.

Las voces del dolor

Los vigilantes es una novela que logra configurar un mundo de angustia, habitado por seres que se resisten a su negación. Es un relato del miedo, del horror y la obsesión. La novela enfatiza los rasgos que sustentan la lectura alegórica con un fuerte discurso ético, el cual impone una perspectiva basada en la preocupación por los desposeídos.



Los vigilantes. Elanora Etta.
Editorial Sudamericana, Santiago 1994. 130 páginas.



a él mismo. Poco importa el postrer deseo de negativismo a la escritura, al convertirla en una pretensión. Con esto, la madre deberá intentar justificarse y atenuar la sanción, ya

que ha sido acusada de deservir a su hijo y de alterar a los desparejados. Su escrito, entonces, es motivo del dolor y la represión.

A partir de esto, las relaciones se van encontrando entretenidas; el conflicto familiar, otro, el proceso cruento como medio de salvación y, por último, una alegoría social. Niveles interrelacionados de tal modo que van configurando una red de substancias dolorosísimas, donde los límites se borran y la残酷idad se niega. La narración del conflicto familiar, sin embargo, logra manifestarse como un filo conductor que otorga cohesión a toda la novela.

Para el discurso materno, el esteticismo y la banalidad de la belleza son posesiones inseparables. Su voz, orientada al desplazamiento de la palabras, es su reemplazo por la escritura. La cual emerge no sólo como el único testamento que puede permanecer, sino tam-

Las voces del dolor [artículo] Patricia Espinoza.

Libros y documentos

AUTORÍA

Espinoza, Patricia

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Las voces del dolor [artículo] Patricia Espinoza. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)